

## Estados Unidos y El Salvador: la década de 1980

Knut Walter\*

### Resumen

Estados Unidos persiguió tres objetivos fundamentales en El Salvador durante la década de 1980. El primero, el de mayor importancia inmediata, fue impedir una victoria militar del FMLN. A tal efecto, el gobierno de Reagan incrementó los niveles de ayuda militar de manera sustancial. El segundo objetivo consistió en evitar el derrumbe de la economía salvadoreña, muy afectada por las acciones de sabotaje de la guerrilla, por la desarticulación de los circuitos comerciales internos y por los desplazamientos de población a causa de las operaciones militares. Y el tercero, que tendría un impacto tanto dentro como fuera de El Salvador, transformar el sistema político salvadoreño: de un autoritarismo militar surgido en la década de 1930 a una democracia liberal al estilo de Estados Unidos y los países de Europa occidental.

### Palabras clave:

anticomunismo, Centroamérica, contrainsurgencia, El Salvador, Estados Unidos, Guerra Fría, política internacional.

\* Doctor en Historia y consultor en temas relacionados con la educación.

El cambio de la fisonomía —política, económica, cultural y social— de El Salvador en las últimas décadas tiene mucho que ver con la relación que el país ha desarrollado con Estados Unidos. Vista desde un largo plazo, esta relación es sorprendente, porque de todos los países centroamericanos, El Salvador es el que menos se había vinculado con la nación norteamericana y, hasta la década de 1980, el único que no había sido objeto de una intervención política directa de Estados Unidos o del desembarco de su infantería de marina. Esta situación excepcional puede explicarse por la ausencia de grandes inversiones de capitales estadounidenses, por una ubicación geográfica limitada a un solo litoral marítimo y por la ausencia de mayores trastornos sociales y políticos internos (exceptuando, por supuesto, los acontecimientos de 1932). Por lo demás, El Salvador estuvo bajo la mira y la protección de Washington como cualquier otro país centroamericano.

Los orígenes del interés y la preocupación de Estados Unidos por la región centroamericana están asociados a la expansión de aquel país desde los asentamientos europeos originales en la costa del Atlántico hacia las grandes llanuras del centro del continente norteamericano y, finalmente, a la costa del Océano Pacífico. Centroamérica se tornó importante para Estados Unidos a partir de mediados del siglo XIX como sitio para la posible construcción de un ferrocarril interoceánico y, eventualmente, de un canal, hechos que luego se concretaron en el istmo de Panamá. El resto de la región fue escenario de algunas inversiones de capital estadounidense, especialmente en la producción del banano y en infraestructura de transportes (ferrocarriles) y generación eléctrica, pero la verdadera importancia estratégica de Centroamérica para Estados Unidos no pasó de su ubicación geográfica.

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, las actuaciones de Estados Unidos en el mundo pasaron de un entorno de guerra "caliente" a uno de "guerra fría" que duraría

un poco menos de medio siglo, cuando se desmembró la Unión Soviética y se transformó profundamente el mapa político de Europa, hasta entonces el principal escenario militar del enfrentamiento de las superpotencias. Los demás conflictos asociados con la Guerra Fría en el resto del mundo, desde la perspectiva de Estados Unidos al menos, tuvieron que ver con la contención de la presencia e influencia de la Unión Soviética y, por extensión, del comunismo. Estados Unidos ya tenía destacados militares en muchos países como resultado de su participación en la Segunda Guerra Mundial, los cuales conservó y agrandó después de finalizado el conflicto<sup>1</sup>.

La política de contención, formulada en gran medida hacia finales de la década de 1940 por George Kennan, funcionario del Departamento de Estado, se convirtió en el fundamento de las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo. Salvo unas pocas excepciones —como Yugoslavia y, eventualmente, la República Popular China—, el anticomunismo determinó cuáles países habrían de ser amigos o aliados, y cuáles pasarían a engrosar la lista negra de enemigos. Hasta los gobiernos que se declararon neutrales o no-alineados en el conflicto este-oeste, como la India e Indonesia, fueron calificados de "inmorales" en la década de 1950 por el más anticomunista de los secretarios de Estado, John Foster Dulles.

Es dentro de este esquema de contención y anticomunismo que hay que ubicar las posturas de los jefes y funcionarios del Pentágono y el Departamento de Estado en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, las iniciativas específicas de política exterior de Estados Unidos son el resultado de procesos algo más complejos. Aparte de las discusiones que surgen dentro de cada secretaría de Estado, también intervienen la Casa Blanca y, de manera más pública, diversas comisiones de política exterior, inteligencia y defensa del Congreso (Cámara de Representantes y Senado), las cuales asignan los recur-

1. Véase, por ejemplo, Johnson, C., *The Sorrows of Empire. Militarism, Secrecy and the End of the Republic*, Nueva York: Henry Holt and Company, 2005, pp. 151-185.

son fiscales y supervisan, en mayor o menor medida, las actuaciones de la rama ejecutiva del gobierno.

Y más allá de las instancias formales del gobierno está la sociedad civil de Estados Unidos, ese conjunto de empresas, asociaciones, sindicatos, iglesias, gremios y diversos grupos de interés que presionan y cabildean, y cuya voz es escuchada cuidadosamente por todos los funcionarios electos de cara a los siguientes comicios. En Estados Unidos, la experiencia más reciente de movilizaciones generalizadas en contra de una iniciativa de política exterior altamente impopular ocurrió en la década de 1960, cuando arremetía la guerra en Vietnam. El recuerdo de esas movilizaciones —el llamado “Síndrome de Vietnam”— introdujo un elemento de cautela en la política exterior de Estados Unidos sin que se viera afectado su real poderío militar ni su fundamento antisoviético y anticomunista. Es dentro de este entorno de Guerra Fría combinado con el Síndrome de Vietnam que ocurrió la guerra civil en El Salvador, en la década de 1980.

### 1. El conflicto salvadoreño desde la óptica del gobierno de Reagan

Las relaciones de un Estado con otro pueden tomar una de dos vías: la política, que supone entablar negociaciones —que se plasman en exigencias y concesiones— con miras a lograr resultados de beneficio mutuo o, cuando menos, evitar catástrofes mayores; o la militar, que no es más que la política por otros medios (como decía Clausewitz) mediante la aplicación de la fuerza para lograr ciertos objetivos. ¿Pero qué pasa cuando el conflicto no es entre Estados, sino entre contrarios dentro de un mismo país, un enfrentamiento interno, una guerra civil? Estados Unidos no desconocía ese tipo de conflicto. Su misma guerra de independencia puede entenderse perfectamente como un conflicto entre ingleses, uno de cuyos bandos ganó gracias al apoyo militar que le

proporcionó la monarquía francesa, enemiga histórica de Inglaterra desde siglos atrás. Ya constituido como república federal, Estados Unidos conoció otra guerra civil, la de los años de 1860-1864, que enfrentó a los estados del sur, agrícolas y esclavistas, con los del norte, industrializados y capitalistas. Con excepción de las Guerras Napoleónicas, la Guerra Civil Estadounidense fue la más grande y sangrienta del siglo XIX en el mundo occidental y, según algunos historiadores, precursora de la guerra “moderna” por la utilización de la red ferroviaria, la ametralladora y los barcos cañoneros blindados, entre otros.

Cuando Estados Unidos puso los ojos sobre Centroamérica hacia fines del siglo XIX, descubrió una región de inestabilidad política y militar crónica, tanto entre Estados como dentro de cada uno de ellos. La decisión de construir un canal en Panamá debió acompañarse, por lo tanto, de un mínimo de estabilidad política en el vecindario inmediato. Recuérdese que el Canal de Panamá no fue una iniciativa puramente comercial para agilizar el tráfico de barcos mercantes de un océano a otro; también le permitió a Estados Unidos mover sus barcos de guerra del Atlántico al Pacífico sin necesidad de dar la vuelta por el Cabo de Hornos, lo cual supuso una enorme ventaja militar. El acceso seguro al Canal y la defensa de sus instalaciones se convirtieron en objetivos prioritarios y permanentes de los jefes militares y políticos en Washington.

Es así que Estados Unidos intervino en diversos países centroamericanos para ponerle paro a los conflictos internos o impedir que se desarrollaran. Nicaragua fue el país más intervenido por la infantería de marina estadounidense después de 1910 so pretexto de acabar con las luchas entre facciones tradicionales que lo caracterizaron desde mediados del siglo XIX. También desembarcó infantería de marina en varias oportunidades en Honduras y, en tiempos más recientes, en Panamá, para evitar que manifestantes entraran a la zona del Canal<sup>2</sup>.

2. Véase LaFeber, W., *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 1983.

Hasta 1930, las intervenciones de Estados Unidos en Centroamérica se explicaban más en función de la estabilidad regional, es decir, evitar las guerras entre —o dentro de— países y los cambios de gobierno por medio de golpes de Estado. Por ejemplo, uno de los primeros retos que tuvo que enfrentar el general Hernández Martínez después de asumir la presidencia de El Salvador en 1931 fue la negativa del reconocimiento diplomático por parte de Washington<sup>3</sup>. Después de 1945, la lógica de la Guerra Fría determinó el carácter de las relaciones de Estados Unidos con la región; el ejemplo más evidente y estudiado fue, precisamente, la participación de la CIA en el derrocamiento del gobierno de Arbenz en Guatemala en 1954 debido a sus vínculos con el partido comunista en Guatemala (el Partido Guatemalteco de los Trabajadores) y, por extensión, con el bloque soviético<sup>4</sup>. Pocos años después, la CIA trató de repetir su exitosa acción en Guatemala al organizar una invasión de contrarrevolucionarios cubanos para derrocar al gobierno de Fidel Castro, pero con resultados totalmente desfavorables para Washington. La permanencia del gobierno revolucionario y la presencia de bases y tropas soviéticas en Cuba no dejaron de percibirse en Washington como una amenaza constante a su dominio del Caribe y de la región mesoamericana.

La intensificación de las presiones revolucionarias en Centroamérica durante la década de 1970 alertó a los funcionarios en Washington. La administración del presidente Carter pensó que una apertura política sería la manera más efectiva de contrarrestar la creciente

fuerza de la izquierda radical, a diferencia de la política de viejo cuño que prefería la prohibición y represión a secas de toda organización de corte izquierdista. En El Salvador, las constituciones y las leyes habían prohibido sistemáticamente la existencia de toda organización con vínculos internacionales o que atentara contra “el orden social establecido”, una clara referencia al Partido Comunista. El gobierno Carter insistió, más bien, en el respeto a los derechos humanos y presionó para que los sistemas políticos se abrieran y se superaran los gobiernos de corte militar que habían estado en el poder de manera más o menos ininterrumpida desde la década de 1930 en Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Honduras. Sin embargo, la fórmula democratizadora se planteó cuando las insurgencias en Nicaragua y El Salvador ya estaban bastante encaminadas en busca de la toma del poder por la vía armada, mientras que la guerra contrainsurgente en Guatemala iniciaba su segunda década.

Es más, la administración Carter tuvo que hacerle frente a una revolución en Irán que derrocó al Shah, aliado incondicional de occidente en Asia Central, e instaló una república islámica en su lugar. La “pérdida” de Irán, al igual que la “pérdida” de China treinta años antes durante la presidencia de Truman, tuvo altos costos políticos para el presidente de turno y contribuyó, junto con la revolución sandinista en Nicaragua, a la eventual derrota electoral de Carter en noviembre de 1980. La presidencia pasó a manos de Ronald Reagan, cuya visión del mundo y del papel de Estados Unidos sería distinta.

**La creencia en la Teoría del Dominó significó que la política de Washington hacia El Salvador era parte de una visión regional: lo que pasaba en un país determinado tendría repercusiones en otro; por lo tanto, no era posible “resolver” la situación en El Salvador sin superar la de Nicaragua.**

3. Grieb, K. J., “The United States and the Rise of General Maximiliano Hernández Martínez”, *Journal of Latin American Studies*, 2, noviembre de 1971, pp. 151-172.
4. Véanse Schlesinger, S. y Kinzer, S., *Bitter Fruit: The Story of the American Coup in Guatemala*, Cambridge: Harvard University Press, 1999; y Gleijeses, P., *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton: Princeton University Press, 1992.